HOMILIAS: "ES CRISTO QUE PASA" (*)

R. GARCIA DE HARO

I. La cercanía de Dios

"El cristiano no es nunca un hombre solitario, puesto que vive en un trato continuo con Dios" (1). Esta cercanía de Dios, que es un Padre que ama a sus hijos (2), es quizá lo que se percibe de modo más vivo, desde las primeras páginas del libro. Las cosas son vistas en un panorama profundo y nuevo, que al mismo tiempo es viejo como el Evangelio (3), porque se desentraña su sentido

---

* José María Escrivá de Balaguer, "*Es Cristo que pasa*", *Homilías*, Rialp, Madrid 1973. La mayor parte de las homilías que ahora se recogen en este volumen, habían sido ya publicadas por separado y en diversos idiomas —alemán, francés, inglés, italiano, etc.— encontrando una amplia difusión en todo el mundo. El actual volumen recoge una pequeña parte —ni siquiera todas las publicadas— del abundante material inédito, fruto de una intensa labor sacerdotal de casi cincuenta años: en concreto algunas de las homilías pronunciadas con ocasión de fiestas litúrgicas. El libro de *Homilías* objeto de esta nota, aparecido en marzo de 1973, se agotó rápidamente y, en la actualidad, ha alcanzado ya la sexta edición. Estos datos resultan más expresivos que cualquier comentario sobre la importancia e interés de esta nueva obra de Mons. Escrivá de Balaguer.

(1) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 116, p. 241.

(2) "El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos": "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 84, p. 188.

(3) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 1, p. 22.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

divino: "si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia" (4).

Dios no sólo no está lejano, sino que se encuentra continuamente pendiente de nosotros: "considerad esta maravilla del cuidado de Dios con nosotros, dispuesto siempre a oírnos, pendiente en cada momento de la palabra del hombre... Nos oye el Señor, para intervenir, para meterse en nuestra vida, para librarnos del mal y llenarnos de bien" (5).

1. *Por encima de las apariencias*

Llama especialmente la atención la forma en que se descubre cómo la acción de Dios es la razón última y más profunda de nuestra existencia (6). No se trata de una dimensión horizontal de la vida terrena, en que lo divino venga a ser como un futuro donde al fin todo tenga su explicación, hasta entonces diferida: Dios no está al confín de nuestra vida diaria, sino que *su acción es lo más real y presente* ya ahora. Al punto que cuando no percibimos a Dios, nos quedamos en las apariencias: en la aparente monotonía de los días aparentemente siempre iguales (7). Para alcanzar el verdadero conocimiento necesitamos traspasar esas apariencias, hasta descubrir tras cada acontecimiento la caridad de Dios mismo, el amor infinito con que nos ama (8). Si evitamos cegarnos, nos da-

(4) "*Vocación cristiana*", n. 10, p. 39.

(5) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 57, p. 124.

(6) "*Cristo Rey*", n. 182, p. 382.

(7) "*El matrimonio, vocación cristiana*", n. 24, p. 69.

(8) "La historia no está sometida a fuerzas ciegas ni es el resultado del acaso, sino que es la manifestación de las misericordias de Dios Padre. Los pensamientos de Dios están por encima de nuestros pensamientos, dice la Escritura; por eso confiar en el Señor quiere

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

remos cuenta de que todas las situaciones por las que atravesamos encierran un mensaje divino, que nos pide responder con amor, entregándonos a los demás (9): "veo todas las incidencias de la vida —las de cada existencia individual y, de alguna manera, las de las grandes encrucijadas de la historia— como otras tantas llamadas que Dios dirige a los hombres, para que se enfrenten a la verdad; y como ocasiones, que se nos ofrecen a los cristianos, para anunciar con nuestras obras y con nuestras palabras ayudados por la gracia, el Espíritu al que pertenecemos" (10).

No desvirtuar la realidad

Es evidente que no siempre conseguimos ver las cosas con esta claridad: la acción divina "puede pasarnos inadvertida, porque Dios no nos da a conocer sus planes y porque el pecado del hombre enturbia y obscurece los dones divinos. Pero la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente: es El quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (11).

Hemos de ser conscientes, por tanto, que es siempre *nuestra limitación* la que, en momentos o aun temporadas, de obscuridad, nos impide ver las cosas como *son*. Y en consecuencia hemos de esforzarnos para no vivir en un mundo de apariencias: hemos de abrir los ojos y saber mirar a nuestro alrededor, para reconocer las continuas llamadas que Dios nos dirige a través de todo cuanto nos rodea (12). De este modo, nos irá calando en el alma esa gran verdad de nuestra fe, que ha de cambiar

---

decir tener fe a pesar de los pesares, yendo más allá de las apariencias. La caridad de Dios —que nos ama eternamente— está detrás de cada acontecimiento, aunque de una manera a veces oculta para nosotros": "*Las riquezas de la fe*" (Homilía no recogida en el presente volumen), Madrid 1971, pp. 24-25.

(9) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 111, pp. 234-35.

(10) "*El Gran Desconocido*", n. 132, pp. 276-77.

(11) "*El Gran Desconocido*", n. 130, p. 271.

(12) "*Por María, hacia Jesús*", n. 146, p. 303.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nuestra vida: "Dios nos ama: el Omnipotente, el Todopoderoso, el que ha hecho los cielos y la tierra.

Dios se interesa hasta de las pequeñas cosas de sus criaturas: de las vuestras y de las mías, y nos llama a cada uno por nuestro propio nombre. Esa certeza que nos da la fe hace que miremos todo lo que nos rodea con una luz nueva, y que, *permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios*" (13).

Cuando no reaccionamos así, lo que hacemos es *desvirtuar la realidad* (14); querer, como los fariseos, "demostrar que lo que ha pasado, un bien y un gran milagro, no ha pasado" (15). Una ciencia que no lleva a reconocer a Dios, es una extraña ciencia: el deseo inútil de aniquilar a Dios (16); el absurdo discurrir de quien intenta hacer —de la luz— tinieblas (17).

La perspectiva que nos da Dios

Dios es la Verdad, y las cosas son como *El las ve*. Por eso, cuando nos decidimos a "tomarnos a Dios en serio" todo adquiere un nuevo esplendor (18). "Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega y asu-

(13) "*Por María, hacia Jesús*", n. 144, pp. 300-1.

(14) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 83.

(15) "Y los fariseos quieren demostrar que lo que ha pasado, un bien y un gran milagro, no ha pasado. Algunos recurren a razonamientos mezquinos, hipócritas, muy poco ecuánimes: ha curado en sábado y, como trabajar en sábado está prohibido, niegan el prodigio. Otros inician lo que hoy se llamaría una encuesta. Van a los padres del ciego: *¿es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora?* El miedo a los poderosos induce a que los padres contesten con una proposición, que reúne todas las garantías del método científico: *sabemos que éste es hijo nuestro y que nació ciego; pero cómo ahora ve no lo sabemos, ni tampoco sabemos quién le ha abierto los ojos. Preguntádselo a él: ya es mayor y dará razón de sí.*

Los que realizan la encuesta no pueden creer, porque no quieren creer". "*El respeto cristiano a la persona y a su libertad*", n. 69, pp. 152-53.

(16) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 85.

(17) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 63, p. 137.

(18) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 32, p. 81.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

men un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es *mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios*"(19). Se descubre entonces lo que es central, verdaderamente importante: cumplir la voluntad de Dios; porque *si no, nada vale la pena* (20). Y esto es lo más lejano al desinterés por las cosas y las personas: porque la fe cristiana nunca lleva a la indiferencia, ni cercena los impulsos nobles del alma, sino que los agranda, al revelar su verdadero y más auténtico sentido (21).

2. *Lo divino, lo más real*

Si la mirada y el amor de Dios nos rodean y penetran —no como *lo más aparente,* pero sí como *lo más real*—, se comprende que para quien vive de fe el mundo de *lo sobrenatural* sea, valga la expresión, el mundo de *lo realísimo:* la Trinidad, Cristo resucitado, la gracia, por ser lo propiamente divino, son aún más verdad —y más reales, en el sentido fuerte de la palabra— que las cosas sensibles que palpamos; son lo verdaderamente consistente de la realidad.

Perfectus Deus, perfectus Homo

Con su revelación, Dios —ese Dios que sabemos tan cercano: sabemos, no inducimos— se ha hecho todavía más próximo. La *Encarnación* no es en absoluto una *ocultación,* sino el *modo de que lo divino se haga más accesible* al hombre: Cristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, manifiesta a los hombres su doctrina de salvación y les da a conocer el amor de Dios, procediendo de modo humano y divino (22). Aunque es el Maestro y habla con autoridad, como Mesías enviado por Dios, es a la vez asequible y cercano (23): "cada uno de sus gestos humanos,

(19) "*En el taller de José*", n. 46, pp. 108-9.
(20) Cfr. "*La lucha interior*", n. 76, p. 170.
(21) Cfr. "*El Gran Desconocido*", n. 133, p. 279.
(22) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 107, pp. 228-29.
(23) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 108, p. 230.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

es gesto de Dios. *En Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente.* Cristo es Dios hecho hombre, hombre perfecto, hombre entero. Y, *en lo humano, nos da a conocer la divinidad*" (24).

Evidentemente es un misterio. Pero, por eso mismo, una fuente de luz cuya sublimidad no es posible desconocer: "ese Jesús que es hombre, que habla con el acento de una región determinada de Israel, que se parece a un artesano llamado José, ése es el Hijo de Dios" (25). Dios se acerca a nosotros, con andar humano, para hacerse más comprensible: "sus primeras acciones son risas, lloros de niño, sueño inerme de un Dios encarnado: para enamorarnos, para que lo sepamos acoger en nuestros brazos" (26). Pregunta como hombre para que le entendamos más fácilmente, pero habla después como Dios (27). Por eso, cuando contemplamos la vida de Cristo, su delicadeza humana, el modo en "que gasta su vida en servicio de los otros, hacemos mucho más, que descubrir un posible modo de comportarse. *Estamos descubriendo a Dios. Toda obra de Cristo... nos da a conocer el modo de ser de Dios,* nos invita a creer en el amor de Dios, que nos creó y que quiere llevarnos a su intimidad" (28). Sus rasgos de misericordia no entrañan sólo un gesto sincero y noble, como el de quien se compadece de sus semejantes, sino que esencialmente revelan la inmensa caridad de Dios (29): Cristo es, precisamente, la plenitud de la Revelación (30).

En estas páginas que venimos comentando, la luminosidad de la fe se hace patente: basta considerar cómo la realidad del ser divino de Jesucristo ilumina el misterio de la Eucaristía. Es la despedida; Jesús es perfecto Hombre, "no es difícil imaginar en parte los sentimientos

(24) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 109, p. 232.
(25) "*En el taller de José*", n. 55, p. 121.
(26) "*En la Epifanía del Señor*", n. 36, p. 93.
(27) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 108, p. 231.
(28) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 109, p. 232.
(29) Cfr. "*El corazón de Cristo, paz de los cristianos*", n. 169, p. 349.
(30) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", nn. 105-7, pp. 223 s.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

del corazón de Jesucristo en aquella tarde, la última que pasaba con los suyos, antes del sacrificio del Calvario. Considerad la experiencia tan humana, de la despedida de dos personas que se quieren. Desearían estar siempre juntas, pero el deber —el que sea— les obliga a alejarse" (31). Y los hombres dejan un símbolo, un recuerdo: no pueden hacer más. Pero "lo que nosotros no podemos lo puede el Señor. Jesucristo, perfecto Dios y perfecto Hombre, no deja un símbolo, sino la realidad: se queda El mismo" (32).

Cristo vive

Dios cercano, se nos ha hecho aún más accesible en Cristo. Y Cristo vive, hoy, ahora, llenando de contenido nuestra fe (33): "Cristo no es una figura que pasó, que existió en un tiempo y que se fue, dejándonos un recuerdo y un ejemplo maravillosos. No: Cristo vive. Jesús es el Enmanuel: Dios con nosotros. Su resurrección nos revela que Dios no abandona a los suyos" (34). Y "vive, también como hombre, con aquel mismo cuerpo que asumió en la Encarnación, que resucitó después de la Cruz y subsiste glorificado en la persona del Verbo juntamente con su alma humana" (35).

La fe nos da las *verdades más reales:* "nosotros podemos seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor" (36). Nosotros "oímos a Dios, le hablamos, lo vemos, le gustamos..." (37). Jesús se ha ido a los cielos, pero el cristiano puede, en la oración y en la Eucaristía, tratarle como le trataron los primeros doce (38). Incluso —el

(31) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 83, p. 186.
(32) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 83, p. 187.
(33) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 102, p. 219.
(34) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 102, p. 220.
(35) "*Cristo Rey*", n. 180, p. 376.
(36) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 107, p. 228.
(37) Cfr. "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 87, p. 193.
(38) "Jesús se ha ido a los cielos, decíamos. Pero el cristiano puede, en la oración y en la Eucaristía, tratarle como le trataron los primeros doce, encenderse en su celo apostólico, para hacer con El

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

realismo es deslumbrador—, al cristiano le cuesta "acostumbrarse a la ausencia física de Jesús" después de la Ascensión, porque aunque "en un alarde de amor, se ha ido y se ha quedado..." "echamos de menos, sin embargo, su palabra humana, su forma de actuar, de mirar, de sonreir, de hacer el bien. Querríamos volver a mirarle de cerca, cuando se sienta al lado del pozo cansado del largo camino, cuando llora por Lázaro, cuando ora largamente, cuando se compadece de las muchedumbres" (39).

De este modo, por tanto, "Jesús permanece siempre junto a nosotros, y se comporta como quien es" (40). Es necesario convencerse de que Jesús nos dirige personalmente (41) esas preguntas que hacía a los discípulos, y que, como junto a aquellos primeros, "Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros —hoy, ahora— una gran mudanza" (42).

En el mundo de la vida sobrenatural

Hoy, como entonces, Jesús nos conduce al Padre y al Espíritu Santo: y aprendemos a tratar a la Trinidad Beatísima, Dios Uno y Trino; tres Personas divinas en la unidad de su substancia, de su amor, de su acción eficazmente santificadora (43).

Es el mundo de la vida sobrenatural, esa realidad maravillosa en la que Cristo nos ha introducido: "y el que

---

un servicio de corredención, que es sembrar la paz y la alegría. Servir, pues: el apostolado no es otra cosa. Si contamos exclusivamente con nuestras propias fuerzas, no lograremos nada en el terreno sobrenatural; siendo instrumentos de Dios, conseguiremos todo: *todo lo puedo en aquel que me conforta.* Dios, por su infinita bondad, ha dispuesto utilizar estos instrumentos ineptos. Así que el apóstol no tiene otro fin que dejar obrar al Señor, mostrarse enteramente disponible, para que Dios realice —a través de sus criaturas, a través del alma elegida— su obra salvadora": "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 120, p. 251.

(39) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 117, p. 244.

(40) "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 160, p. 327.

(41) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 15, p. 49.

(42) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 59, p. 129.

(43) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 86, p. 191.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. No son sólo promesas. Son la entraña, la realidad de una vida auténtica: la vida de la gracia que nos empuja a tratar personal y directamente a Dios" Padre, Hijo y Espíritu Santo: "es la actuación trinitaria en nuestras almas. Todo cristiano tiene acceso a esa inhabitación de Dios en lo más íntimo de su ser, si corresponde a la gracia" (44).

"La Santa Misa... es la donación misma de la Trinidad a la Iglesia" (45): es "acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo y su voz; pero no obra en nombre propio, sino *in persona et in nomine Christi*" (46). Es cierto que "nuestros corazones, mezquinos, son capaces de vivir rutinariamente la mayor donación de Dios a los hombres" (47): podemos *detenernos en las apariencias,* no estar atentos a la grandeza de lo que ocurre. Pero esta capacidad nuestra de acostumbrarnos a los hechos más sublimes, incluso de olvidarnos de cómo son realmente, no quita un ápice a su verdad: *habla sólo de nuestra pequeñez.* Por eso, lo cierto es que "asistiendo a la Santa Misa aprenderéis a tratar a cada una de las Personas divinas: al Padre, que engendra al Hijo; al Hijo que es engendrado por el Padre; al Espíritu Santo, que de los dos procede" (48).

La presencia y la actuación del Espíritu Santo, lo dominan todo (49): "esa *realidad profunda* que nos da a conocer el texto de la Escritura Santa, no es un recuerdo del pasado, una edad de oro de la Iglesia que quedó atrás en la historia. Es, *por encima* de las miserias y de los pecados de cada uno de nosotros, *la realidad también de la Iglesia de hoy y de todos los tiempos*" (50). Es cierto que,

(44) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 118, pp. 245-46.
(45) Cfr. "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 87, pp. 192-93.
(46) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 86, pp. 191-92.
(47) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 87, pp. 192-93.
(48) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 91, p. 199.
(49) Cfr. "*El Gran Desconocido*", n. 127, p. 267.
(50) "*El Gran Desconocido*", n. 128, p. 268.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

a veces, nuestras limitaciones y pecados hacen difícil reconocerla. Pero es, de nuevo, la insuficiencia humana, nuestra tendencia a la superficialidad, a detenernos en las *apariencias,* a no trascender lo mudable, transitorio y accidental, para ir hasta el fondo de las cosas: "*lo más importante en la Iglesia* no es ver cómo respondemos los hombres, sino ver *lo que hace Dios.* La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y grandes combates de la vida diaria" (51).

3. *Sentido sobrenatural y humano*

El cristiano es así profundamente realista: no porque niegue "la reiterada presencia del dolor y del desánimo, de la tristeza y de la soledad, durante la peregrinación nuestra en este suelo", sino porque sabe que eso no es más que una parte de la verdad, o mejor, nuestro modo humano y limitado de conocerla. "Por la fe hemos aprendido con seguridad que todo eso no es producto del acaso, que el destino de la criatura no es caminar hacia la aniquilación de sus deseos de felicidad. La fe nos enseña que *todo tiene un sentido divino,* porque es propio de la entraña misma de la llamada que nos lleva a la casa del Padre. *No simplifica* este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano la *complejidad humana;* pero asegura al hombre que *esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios,* por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria" (52).

El cristiano reconoce junto al poder de Dios, todas las limitaciones inherentes a nuestra condición de criaturas; y las reconoce tal como son, en su verdadera dimensión: es decir, sin quedarse en ellas, como si fueran el todo y

(51) "*El Gran Desconocido*", n. 131, p. 274.

(52) "*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*", n. 177, pp. 368-69.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

negaran la verdad de la acción divina. Sabe que, aun en los momentos en que percibe más profundamente su limitación, puede y debe unirse a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, porque es partícipe de la vida divina (53). "*El cristiano es realista con un realismo sobrenatural y humano,* que advierte los matices de la vida: el dolor y la alegría, el sufrimiento propio y el ajeno, la certeza y la perplejidad, la generosidad y la tendencia al egoísmo. El cristiano conoce todo y se enfrenta con todo, lleno de entereza humana y de la fortaleza que recibe de Dios" (54).

Por tanto, seguro de contar con la fuerza y el poder de Dios, el cristiano no pretende, sin embargo, un mundo trasparente a su conocimiento y a su acción. Precisamente, porque se ha hecho cargo de la grandeza divina de la creación, sabe que no puede dominarla a su arbitrio, que es inseparable de su vida la lucha, el cansancio, el no conseguir siempre lo que pretende. "El esfuerzo por sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir esa Cruz que es esencial para el cristiano. La experiencia de vuestra debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, os darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás. Los éxitos y las alegrías os invitarán a dar gracias, y a pensar que no vivís para vosotros mismos sino para el servicio de los demás y de Dios" (55). "Somos criaturas y estamos llenos de defectos": pero todo eso, no desalienta, *no obscurece la cercanía de Dios;* por el contrario es "la sombra que, en nuestra alma, logra que destaquen más, por contraste, la gracia de Dios y nuestro intento de corresponder al favor divino" (56).

El realismo profundo del cristiano consiste en ver que "por encima de nuestras miserias y nuestros defectos personales, brilla la luz de Dios, como el sol brilla por enci-

(53) Cfr. "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 160, p. 328.
(54) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 60, pp. 132-33.
(55) "*En el taller de José*", n. 49, pp. 112-13.
(56) "*La lucha interior*", n. 76, p. 171.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ma de la tempestad" (57). Poco a poco llega a percibir que "no existen los fracasos si se obra con rectitud de intención y queriendo cumplir la voluntad de Dios, contando siempre con su gracia y con nuestra nada" (58). Y de este modo "la conciencia de la magnitud de la dignidad humana —de modo eminente, inefable, al ser constituídos por la gracia en hijos de Dios— junto con la humildad, forma en el cristiano una sola cosa, ya que no son nuestras fuerzas las que nos salvan y nos dan la vida, sino el favor divino" (59).

4. *La luminosa obscuridad de la fe*

Resulta así, que lo más cierto, *lo más luminoso,* lo más seguro, es Dios, *la fe,* la gracia: "Somos la obscuridad, y El es clarísimo resplandor; somos la enfermedad, y El es salud robusta; somos la escasez, y El la infinita riqueza; somos la debilidad, y El nos sustenta, *quia tu es Deus, fortitudo mea,* porque siempre eres, oh Dios, nuestra fortaleza" (60).

En las *Homilías* se percibe una protesta contra el excesivo resaltar la obscuridad de la fe: es cierto que "nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia" (61). Pero no se debe a que la luz divina sea escasa, sino a la pequeñez humana que puede velar los ojos, de modo que no adviertan la grandeza divina (62). Y así, esa cierta obscuridad en que lo divino se nos presenta, es ya, por sí misma, una luz: nos descubre la grandeza de Dios y la necesidad de la disposición humilde del alma que permite escuchar la voz de Dios (63).

---

(57) "*En el taller de José*", n. 45, p. 108.

(58) "*La lucha interior*", n. 76, p. 172.

(59) Y sigue a continuación: "Es esta una verdad que no puede olvidarse nunca, porque entonces el *endiosamiento* se pervertiría y se convertiría en presunción, en soberbia y, más pronto o más tarde, en derrumbamiento espiritual ante la experiencia de la propia flaqueza y miseria": "*El Gran Desconocido*", n. 133, p. 280.

(60) "*La lucha interior*", n. 80, p. 179.

(61) "*Vocación cristiana*", n. 3, p. 26.

(62) Cfr. "*La lucha interior*", n. 80, p. 179.

(63) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 84.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Porque, si no se actúa así, "ante la grandeza de Dios... se extrañan, y aun se escandalizan desconcertados. Se diría que *no conocen otra realidad que la que cabe en sus limitados horizontes terrenos*" (64). En cambio, cuando se acepta el misterio por la fe, poco a poco el amor de Dios se experimenta (65), porque "nuestro trato con Dios no es el de un ciego que ansía la luz pero que gime en las angustias de la obscuridad, sino el de un hijo que se sabe amado por su Padre" (66).

Por tanto, para percibir la luminosidad de la fe "nos hacen falta las disposiciones humildes del alma cristiana: no querer reducir la grandeza de Dios a nuestros pobres conceptos, a nuestras explicaciones humanas, sino comprender que *el misterio en su obscuridad, es una luz* que guía la vida de los hombres" (67). Así, "con ese acatamiento... el misterio será para nosotros, una enseñanza espléndida, *más convincente que cualquier razonamiento humano*" (68): tendremos el alma y el corazón abiertos para reconocer las maravillas de Dios (69).

Desde la aceptación rendida del misterio, se empieza a comprender lo que el autor gusta llamar "la lógica de Dios" (70): Dios se excede... "la única norma o medida que nos permite comprender de algún modo esa manera de obrar de Dios es darnos cuenta de que carece de medida" (71). Se apuntan así, *bajo la luminosidad del misterio,* caminos de insospechada profundidad: "al meditar estas verdades, entendemos un poco más la lógica de Dios; nos damos cuenta de que el valor sobrenatural de

(64) "Todavía hoy se repite esta escena. Ante la grandeza de Dios, ante la decisión, seriamente humana y profundamente cristiana, de vivir de modo coherente con la propia fe, no faltan personas que se extrañan, y aun se escandalizan, desconcertadas. Se diría que no conciben otra realidad que la que cabe en sus limitados horizontes terrenos": "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 83.

(65) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 8, p. 35.

(66) "*Por María, hacia Jesús*", n. 142, p. 296.

(67) "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 13, p. 46.

(68) "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 13, p. 46.

(69) Cfr. "*En el taller de José*", n. 54, p. 119.

(70) Cfr. "*Cristo Rey*", n. 185, p. 389.

(71) "*Por María, hacia Jesús*", n. 144, p. 300.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

nuestra vida no depende de que sean realidad las grandes hazañas que a veces forjamos con la imaginación, sino de la aceptación fiel de la intimidad divina, de la disposición generosa en el menudo sacrificio diario.

Para ser divinos, hemos de empezar siendo muy humanos, viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María" (72). Pero hace falta que no nos acostumbremos a los milagros que se operan ante nosotros (73), que luchemos contra esa *extraña capacidad para olvidarnos de las cosas más maravillosas,* para acostumbrarnos al misterio (74). Sólo así, aprenderemos a hacer del "duro sendero de los hombres, el amable camino de la Cruz" (75).

5. *El orden del conocimiento teológico*

Dios y la gracia son lo más real que encontramos, la fe es mucho más luminosa que la razón: dos afirmaciones que sorprenden nuestro modo habitual de juzgar. Y, sin embargo, no debería ser así, si recordásemos que las criaturas proceden de Dios —no son, sino por participación de El— y por tanto, Dios no sólo es más real que las criaturas, sino toda y su única fuente de realidad. Lo que ocurre es que nuestro conocimiento natural procede a la inversa, remontándose trabajosamente desde las criaturas al Creador. Y estamos demasiado habituados a leer obras teológicas que no son sino un remedio —un mal arreglo—, no ya de la filosofía, que es una vía para llegar a Dios, y base imprescindible de la investigación teológica, sino de pensamientos filosóficos que han perdido el camino natural, "la sensibilidad para las cosas de Dios" (76).

(72) "*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*", n. 172, p. 357.
(73) Cfr. "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 159, p. 325.
(74) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 65, p. 142.
(75) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 61, p. 135.
(76) "Si se pierde la sensibilidad para las cosas de Dios, difícilmente se entenderá el Sacramento de la Penitencia. La confesión sacramental no es un diálogo humano, sino un coloquio divino": "*La lucha interior*", n. 78, p. 175.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Por eso, la radicalidad teológica de los escritos de Mons. Escrivá, llama poderosamente nuestra atención.

El conocimiento de fe —y, por tanto, de teología, que es la ciencia que en él se funda— sigue efectivamente el orden inverso: es decir, el orden de procedencia de lo real, de Dios a las criaturas. La perspectiva teológica, participa de la perspectiva de Dios que, conociéndose a sí mismo, y en una única mirada, conoce todas las cosas. Las *Homilías* mantienen en todo momento, con hondura excepcional y a la vez con un interés que contagia —porque el verdadero conocimiento de Dios es siempre un saber gustoso—, esa perspectiva teológica: en ellas, el "amor de Dios se palpa", con más fuerza que las cosas sensibles que, a la postre, son sólo una participación —la más decaída— de la infinita riqueza de Dios.

La fuerza con que lo divino se impone

En medio de la actual afición a problematizar, a ponerlo todo en duda, la obra de Mons. Escrivá de Balaguer *emerge* con la fuerza de quien *habla con autoridad*. Y, sin embargo, en ningún momento tenemos siquiera la impresión de que nos imponga una sola opinión personal. Lo que en sus palabras *se nos impone* es la *fuerza inmensa de la realidad* —la realidad de Dios— expuesta efectivamente por quien la conoce mejor. Y, al conocerla, la muestra.

Su modo de hablar de Dios, es lo más contrario a la del personaje que describía un conocido escritor del siglo pasado. Un hombre que había al fin encontrado, tras largos esfuerzos, la *prueba perfecta* de la inmortalidad del alma y, un día, se encontró de pronto en peligro de muerte: pero no supo cómo comportarse, porque no llevaba consigo el cuaderno donde tenía apuntada la prueba.

No es a través de costosas "pruebas" —de una compleja escolástica que permita "demostrar" lo que ya se sabe—, como nos ilumina; sino, sencillamente, con su experiencia real de los caminos directos —que ahí están—,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

y que conducen hacia el conocimiento de esa inagotable realidad de Dios y de las cosas en Dios.

Por eso, no plantea problemas: resuelve los que tenemos. Y su certeza no es una certeza subjetiva, sino la verdad misma de la realidad, la certeza objetiva de la fe: esta fe que nos permite "adentrarnos en esas verdades sublimes que sobrepasan todo entendimiento y maravillarnos ante el amor de Dios" (77).

Hablar desde Dios

Esa nítida realidad de lo divino —que la fe nos hace ver— *se nos impone* con toda su fuerza, porque antes se ha impuesto al autor: "*Non est abbreviata manus Domini,* no se ha hecho más corta la mano de Dios: no es menos poderoso Dios hoy que en otras épocas, ni menos verdadero su amor por los hombres" (78). Mons. Escrivá habla en la presencia de Dios, sabiéndose *mirado por Dios* antes que por los hombres. No habla condicionado por juicios humanos, sino pendiente del juicio de Dios: "el Señor insiste: pídeme y te daré las naciones en herencia, y extenderé tus dominios hasta los confines de la tierra. Los regirás con barra de hierro y como vaso de alfarero los romperás. Son promesas fuertes y son de Dios: no podemos disimularlas. No en vano Cristo es redentor del mundo, y reina soberano a la diestra del Padre. Es el terrible anuncio de lo que aguarda a cada uno, cuando la vida pase, porque pasa; y a todos, cuando la historia acabe, si el corazón se endurece en el mal y en la desesperanza" (79). De aquí la riqueza y la genuinidad de sus apreciaciones, su estilo tan directo, la ausencia de complicados razonamientos. En ningún momento da la impresión de llegar a Dios o a la Iglesia *reflexionando sobre su fe,* como si ésta remitiese indirecta y trabajosamente a las realidades divinas. Al contrario, la fe aparece como un medio trasparente, que lleva a conocer a

(77) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 101, p. 218.
(78) "*El Gran Desconocido*", n. 130, p. 271.
(79) "*Cristo Rey*", n. 186, pp. 390-91.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Dios —sin interponerse entre El y el hombre—, sino haciendo inmediato a Dios y, en consecuencia, se muestra como una fe operativa, que impone comportarse según el querer divino, patente. Dios es lo primeramente visto, y desde lo que se contempla toda la vida cristiana, tratando de verla como Dios la ve: y así, la misma fe se mira desde Dios, como se mira la Iglesia, que aparece en toda la pureza de su origen divino —no es lo importante cómo respondemos los hombres, sino lo que Dios hace (80)—, y desde Dios se razona para resolver los problemas teológicos.

La novedad de Dios

Estamos así en mejores condiciones para explicarnos cuál es la raíz de esa fuerza original de su conocimiento teológico. La teología es saber de Dios y de las cosas de Dios. Si se sabe más de Dios, se sabe más de *todo* Dios y de *todas* las cosas en Dios. Conocerle mejor, implica tener una visión más profunda de cualquier tema de la teología. Por eso, en las *Homilías* continuamente encontramos perspectivas nuevas.

Pero hay que entender bien esta novedad. Es la novedad de un mejor conocimiento de Dios, que por tanto participa de la *novedad misma de Dios*. Es evidente que Dios, riqueza infinita, *no necesita cambiar* para ofrecerse como nuevo: la novedad de Dios es la inagotable riqueza de su Ser, de su Amor, de su Sabiduría. Renovarse —nos dirá Mons. Escrivá de Balaguer— es "mantenerse en las manos de Dios" (81). Por eso, su palabra se nos presenta *profundamente anclada en la Tradición,* en esos veinte siglos de Iglesia que tanto le gusta recordar; pero, a la vez, es difícil encontrar un punto clave de la teología en que sus escritos no aporten un nuevo matiz, una peculiar riqueza, un nuevo motivo de gozosa contemplación.

---

(80) Cfr. "*El Gran Desconocido*", n. 131, p. 274.

(81) Cfr. "*En el taller de José*", n. 43, p. 105.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

De aquí, la ardua dificultad de intentar resumir o sintetizar las líneas fundamentales de la rica teología (82) que aparece recogida en las *Homilías*. Basta proponerse un esquema cualquiera para darse cuenta de que *ab initio* está desbordado y resulta arbitrario: haría falta tratar toda la teología. Se puede decir que *no hay un problema importante* sobre el que se pregunten hoy los teólogos que no aparezca resuelto en su raíz: y no a través de abstractos razonamientos, sino de modo directo e inmediato. Porque está visto desde Dios: y zanjado en ese conocimiento. A la vez son numerosas las cuestiones con que por primera vez alumbra a la teología (83), o los matices —desde siglos olvidados— que se nos presentan con una actualidad y frescura renovadas. Quizá, por eso, un modo accesible para dar una idea de la profundidad teológica de las *Homilías*, sea mostrar esa hondura del conocimiento de Dios y el modo en que todas las cosas son vistas desde Dios.

---

(82) La ciencia se define como tal, porque conduce al conocimiento de la realidad; la ciencia teológica, por tanto, en cuanto permite *saber más de Dios*. Es la plenitud con que algo se alcanza lo que *califica* la calidad del medio para alcanzarlo: no, obviamente, al revés. De aquí también, y se comprenden bien las razones, que siempre los avances sustanciales en la teología se hayan dado por hombres de Dios, que han prestado grandes servicios a la Iglesia.

(83) Resultan, por ejemplo, muy sugestivas —por no aludir a temas en que ya es muy conocida la fecundidad de su doctrina teológica: como la santificación del trabajo, o la llamada universal a la santidad— las perspectivas apuntadas en torno al modo en que la Encarnación —"ese misterio en el que hay algo que debería remover a los cristianos" "*El triunfo de Cristo en la humildad*", p. 45— permite explicar el modo nuevo en que la vida de la gracia nos faculta para tratar a Dios. Como si Dios —a través de la Humanidad de Cristo— hubiera pasado no sólo a contar con nosotros para la ejecución de sus designios, *sino a querer recibir algo de nosotros:* "instituye la Eucaristía para que podamos tenerle siempre cerca —en lo que nos es posible entender— porque, movido por su amor, quien no necesita nada, no quiere prescindir de nosotros. La Trinidad se ha enamorado del hombre" "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", p. 189).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

II. Grandeza divina de las cosas

1. *La bondad de la creación*

Nuestra fe no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano, que hay aquí abajo (1). Al contrario, "nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios" (2): porque somos hijos de Dios contemplamos "con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando el mundo" (3): un *amor al mundo que nace del amor de Dios.*

Precisamente, porque en toda acción podemos amar a Dios, aun la más menuda adquiere una grandeza enorme: "esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas... Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos constituye en miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara" (4). Esto es lo que explica la grandeza de la vida de María: "su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde Dios la quiere, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. *Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido*" (5).

---

(1) "Nuestra fe no desconoce nada de lo bello, de lo generoso, de lo genuinamente humano, que hay aquí abajo. Nos enseña que la regla de nuestro vivir no debe ser la búsqueda egoísta del placer, porque sólo la renuncia y el sacrificio llevan al verdadero amor: Dios nos ha amado y nos invita a amarle y a amar a los demás con la verdad y con la autenticidad con que El nos ama": "*El matrimonio, vocación cristiana*", n. 24, p. 68.

(2) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 99, p. 215.

(3) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 65, p. 142.

(4) "*En el taller de José*", n. 48, p. 111.

(5) "*Por María, hacia Jesús*", n. 148, p. 307.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Se descubre así, no sólo el *relieve de todas las cosas,* sino también *su unidad,* porque todo viene de Dios y está para conducirnos a El: la vida humana es, en cierto modo, un constante volver hacia la casa de nuestro Padre (6). Todo se resuelve en trato con Dios: "Trabajar así es oración. Estudiar así es oración. Investigar así es oración. No salimos nunca de lo mismo: todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con El, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enrecia en una unidad de vida sencilla y fuerte" (7). El cristiano aprende así a convertir su "jornada, con naturalidad y sin espectáculo, en una alabanza continua a Dios. Nos mantendremos en su presencia, como los enamorados dirigen continuamente su pensamiento a la persona que aman, y todas nuestras acciones —aun las más pequeñas— se llenarán de eficacia espiritual" (8).

2. *Panorama de la vocación cristiana*

Esta *grandeza divina* que las cosas tienen naturalmente —porque proceden de Dios y pueden y deben ser ocasión de amarle—, el cristiano la reconoce gustoso, porque ve en ellas la mano de su Padre Dios. Sin embargo es sólo un principio: casi nada. El amoroso designio divino, mediante la elevación del hombre al orden sobrenatural, ha llevado esa grandeza *a límites insospechados:* la gran osadía de la fe cristiana es que *no se limita a proclamar el valor y la dignidad de la naturaleza humana,* sino que afirma que "mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para *alcanzar la dignidad de hijos de Dios.* Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Es-

(6) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 64, p. 141.
(7) "*Vocación cristiana*", n. 10, pp. 39-40.
(8) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 119, pp. 249-250.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

píritu Santo" (9): la osadía de sabernos parte de la familia de Dios (10).

Si ya naturalmente todas las cosas son ocasión de encontrar y amar al Creador, para el cristiano son además medios de identificarse con Cristo: "no hay situación terrena, por pequeña y corriente que parezca que no pueda ser ocasión de un encuentro con Cristo y etapa de nuestro caminar hacia el Reino de los cielos" (11). "La fe nos dice que el hombre, en estado de gracia, está *endiosado*. Somos hombres y mujeres, no ángeles. Seres de carne y hueso, con corazón y con pasiones, con tristezas y con alegrías. Pero la divinización redunda en todo el hombre como un anticipo de la resurrección gloriosa" (12). Dios va revelando sus designios y el hombre no puede más que sorprenderse, admirarse (13), a medida que va descubriendo la grandeza de su vocación de hijo de Dios, que es portador de la única llama capaz de encender los corazones hechos de carne (14): "*Dios añade, a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas:* lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino. Dios a la vida santa y humilde de José, añadió —si se me permite hablar así— la vida de la Virgen María y la de Jesús, Señor Nuestro" (15).

No puede el cristiano vivir en una vida estrecha que no es vida (16), porque ha sido llamado a una vida de fe, de esperanza y de caridad: no puede bajar el tiro y que-

(9) "*El Gran desconocido*", n. 133, p. 279.

(10) Cfr. "*En el taller de José*", n. 39, p. 98.

(11) "*El matrimonio, vocación cristiana*", n. 22, p. 64.

(12) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 103, p. 221.

(13) "José se sorprende, José se admira. Dios le va revelando sus designios y él se esfuerza por entenderlo. Como toda alma que quiera seguir de cerca a Jesús, descubre en seguida que no es posible andar con paso cansino, que no cabe la rutina. Porque Dios no se conforma con la estabilidad en un nivel conseguido, con el descanso en lo que ya se tiene. Dios exige continuamente más, y sus caminos no son nuestros humanos caminos": "*En el taller de José*", n. 54, p. 119.

(14) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 66, p. 144.

(15) "*En el taller de José*", n. 40, p. 100.

(16) Cfr. "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 93, p. 202.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

darse en un mediocre aislamiento (17); y así, "quien entiende el reino que Cristo propone, advierte que vale la pena jugarse todo por conseguirlo: es la perla que el mercader adquiere a costa de vender lo que posee, es el tesoro hallado en el campo" (18). "Todo lo caduco, lo dañoso y lo que no sirve —el desánimo, la desconfianza, la tristeza, la cobardía— todo eso ha de ser echado fuera... para responder *in novitate sensus,* con una renovación de nuestro sentir y de todo nuestro obrar. Se nos ha dado un principio nuevo de energía, una raíz poderosa, injertada en el Señor" (19).

Dios no edifica sobre el desorden de una vida deshumana

La radicalidad del sentido divino de nuestra vida no implica en absoluto pérdida de sentido humano; al contrario, es un nuevo título para exigirlo: "si nuestra vida es deshumana, Dios no edifica nada en ella, porque ordinariamente no construye sobre el desorden, sobre el egoísmo, sobre la prepotencia" (20). Es una constante en la enseñanza teológica de Mons. Escrivá de Balaguer: "No me cansaré de repetirlo: tenemos que ser muy humanos; porque de otro modo, tampoco podremos ser divinos" (21). Si para ser divinos, tuviéramos que dejar de ser humanos —o más aún, precisa el autor, pudiéramos serlo sin ser humanos—, Dios se contradeciría, el hombre habría sido desacierto de Dios. Y esto es lo que no es posible: son las supuestas incompatibilidades que algunos tratan de

(17) "Has sido llamado a una vida de fe, de esperanza y de caridad. No puedes bajar el tiro y quedarte en un mediocre aislamiento.

En una ocasión vi un águila encerrada en una jaula de hierro. Estaba sucia, medio desplumada; tenía entre sus garras un trozo de carroña. Entonces pensé en lo que sería de mí, si abandonara la vocación recibida de Dios. Me dio pena aquel animal solitario, aherrojado, que había nacido para subir muy alto y mirar de frente al sol": "*Vocación cristiana*", n. 11, p. 40.

(18) "*Cristo Rey*", n. 180, p. 379.

(19) "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 155, p. 319.

(20) "*Cristo Rey*", n. 182, p. 382.

(21) "*El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*", n. 166, p. 341.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

resucitar con periódica monotonía y que, en realidad, "sólo pueden aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema" (22), porque todo viene de Dios y todo puede y debe conducir a Dios (23).

Por tanto, no se trata de negar lo humano sino de "recordar que la vida cristiana encuentra su sentido en Dios. No han sido creados los hombres *tan sólo* para edificar un mundo lo más justo posible, porque —además— hemos sido establecidos en la tierra para entrar en comunión con Dios mismo. Jesús no nos ha prometido ni la comodidad temporal ni la gloria terrena, sino la casa de Dios Padre, que nos espera al final del camino" (24). Es decir, que "en medio de las ocupaciones de la jornada, en el momento de vencer la tendencia al egoísmo, al sentir la alegría de la amistad con los otros hombres, en todos esos instantes el cristiano debe reencontrar a Dios. Por Cristo y en el Espíritu Santo, el cristiano tiene acceso a la intimidad con Dios Padre, y recorre su camino buscando ese reino que no es de este mundo, pero que en este mundo se incoa y prepara" (25). Y del que, en definitiva, su bondad es una consecuencia, la *añadidura:* la paz en la sociedad, la paz en la Iglesia, la paz en la propia alma dependen de la paz de Dios que se consumará cuando venga a nosotros su reino (26). Cuando se trabaja con la conciencia de cumplir la voluntad de Dios, cuando no se mira hacia la autoafirmación, es cuando lo humano se fecunda, cuando la personalidad madura (27).

Esta es la gran perspectiva de la fe: lo grande de lo humano es su sentido divino. "Jesús, creciendo y viviendo como uno de nosotros, nos revela que la existencia humana, el quehacer corriente y ordinario, tiene un sen-

(22) "*Vocación cristiana*", n. 10, p. 38.
(23) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 10, p. 39.
(24) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 100, p. 216.
(25) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 116, p. 241.
(26) Cfr. "*El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*", n. 170, p. 352.
(27) "*En el taller de José*", n. 51, p. 115.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
BIBLIOTECA DE HUMANIDADES
Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer, Opusdei.

tido divino" (28); quiere tener un corazón de carne como el nuestro (29), para que nosotros amemos "a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas" (30) y de modo que, en ningún caso, nos limitemos a un artificioso remedio de amor —algo imaginario que no llega a hacerse carne en nosotros— porque de lo que se trata es de dar a conocer el Amor de Dios, a través de ese amor humano (31). El cristiano es *un hombre corriente en el que Dios se confía* y, por tanto, apoyados en esa confianza, se hace capaz de obrar cosas grandes (32).

Ipse Christus

Un hijo de Dios ha de ser consciente de esa raíz divina que está injertada en su vida, y actuar en consecuencia (33); de este modo, "la acción de la gracia se manifestará en su conducta profesional, en el trabajo, en el empeño por hacer a lo divino las cosas humanas, porque por el Amor todas adquieren una nueva dimensión" (34). La fe y la esperanza han de manifestarse en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes... en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber (35): "Debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro" (36).

La vida corriente se agiganta: "cada situación humana es irrepetible, fruto de una vocación única que se debe vivir con intensidad, realizando en ella el espíritu de Cristo (37), aprendiendo de El detalles y actitudes,

(28) "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 14, p. 47.
(29) Cfr. "*Cristo Rey*", n. 179, pp. 373-74.
(30) "*Por María, hacia Jesús*", n. 142, pp. 296-97.
(31) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 115, p. 240.
(32) Cfr. "*En el taller de José*", n. 40, p. 101.
(33) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 60, p. 132.
(34) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 60, p. 131.
(35) Cfr. "*El matrimonio, vocación cristiana*", n. 23, p. 66.
(36) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 105, p. 225.
(37) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 112, pp. 236-37.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sacando de la contemplación de su paso por la tierra... fuerza, luz, serenidad, paz, hasta hacerse *ipse Christus* (38). Se comprende que "en la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a El por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus,* sino *ipse Christus,* el mismo Cristo" (39).

Se trata nada menos que de ser, con nuestra conducta normal pero coherente con la fe, *Cristo presente entre los hombres* (40): la vida corriente de cada cristiano, hombre entre los hombres, pero con la dicha de haber recibido la fe y la misión divina, debe *hacer continuo su tránsito entre las criaturas* (41).

3. *Dios tiene la iniciativa*

El cristiano contempla los acontecimientos, sabiendo ver la mano de Dios; *busca* en todo amar a Dios; *se interesa por todas las cosas* nobles de la tierra, porque sabe que vienen a Dios. Y descubre gozoso que en todo, y de modo peculiar para su vida, *Dios tiene la iniciativa:* "Dios nos saca de las tinieblas de nuestra ignorancia, de nuestro caminar incierto entre las incidencias de la historia, y nos llama con voz fuerte, como un día lo hizo con Pedro y con Andrés..." (42). "*La vocación es lo primero: Dios nos ama antes* de que sepamos dirigirnos a El, y *pone en nosotros el amor* con el que podemos corresponderle" (43); sabe que dar es propio de enamorados, y El mismo nos señala lo que desea de nosotros (44), previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abrién-

(38) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 107, p. 227.
(39) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 104, pp. 222-23.
(40) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 112, pp. 236-37.
(41) Cfr. "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 156, p. 320.
(42) "*En el taller de José*", n. 45, p. 107.
(43) "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 85.
(44) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 35, p. 91.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

donos los brazos con su gracia (45). Y esta *iniciativa de Dios,* es concreta y personal para cada alma: "la gracia de Dios viene en socorro de cada alma; cada criatura requiere una asistencia concreta personal. ¡No pueden tratarse las almas en masa!... porque cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituíble. Cada uno vale toda la sangre de Cristo" (46).

El porqué de nuestra realidad terrena

De este modo, "la vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos. Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos a dónde quiere conducirnos el Señor, y nos sentimos como arrollados por ese encargo que se nos confía" (47). Se descubre así que *la historia, el tiempo,* valen porque en ellos se edifica el Reino de Dios (48): que lo que hace verdaderamente atractivo, único, cada instante, cada acontecimiento, es que Cristo Nuestro Señor, sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios; pero el pecado rompió la divina armonía de lo creado y El lo quiere rescatar, con nuestra cooperación (49). Por eso, si ponemos los medios, seremos la sal, la luz y la levadura del mundo: *seremos el consuelo de Dios* (50). Se comprende que el cristiano, al *contemplar en su verdadera dimensión las cosas, y los hombres y la historia,* no pueda dejar de exclamar, reconociendo *de donde viene toda bondad:* "¡Qué grande eres Señor y Dios nuestro! Tú eres el

(45) Cfr. "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 64, p. 140.
(46) "*La lucha interior*", n. 80, p. 178.
(47) "*En el taller de José*", n. 45, p. 107.
(48) Cfr. "*En la fiesta del Corpus Christi*", n. 158, pp. 323-24.
(49) Cfr. "*Cristo Rey*", n. 183, p. 383.
(50) Cfr. "*La lucha interior*", n. 74, p. 166.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que pones en nuestra vida el sentido sobrenatural y la eficacia divina. Tú eres la causa de que, por amor de tu Hijo, con todas las fuerzas de nuestro ser, con el alma y el cuerpo podamos repetir: *oportet illum regnare!*, mientras resuena la copla de nuestra debilidad, porque sabes que somos criaturas —¡y qué criaturas!— hechas de barro, no sólo en los pies, también en el corazón y en la cabeza" (51).

Nada humano queda, así, excluido del afán del cristiano, porque no hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo (52), todos los hombres son amados de Dios, de todos ellos espera amor (53). Por eso, el católico tiene corazón universal y nada puede quedar excluído de su celo entusiasta (54).

Santidad y apostolado

El panorama se ha ampliado todavía más: no sólo vemos a Dios en todos los acontecimientos, y reconocemos en toda bondad algo que viene de Dios, sino que esa bondad que Dios pone en nosotros, *nos hace capaces —como instrumentos suyos— de causar nueva bondad.* Nos ama con tal fuerza, que no sólo somos buenos, sino causa de bondad, participando de su poder: "con la maravillosa normalidad de lo divino, el alma contemplativa se desborda en afán apostólico" (55). Todo lo que tenemos *lo hemos recibido de Dios, para ser sal que sazone,* luz que lleve a los hombres la nueva alegre de que El es un Padre que ama sin medida (56); nuestra vida es de Dios y hemos de gastarla en su servicio, preocupándonos gene-

(51) "*Cristo Rey*", n. 181, p. 379.

(52) "No hay nada que pueda ser ajeno al afán de Cristo. Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional, hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades —buenas, nobles, y aun indiferentes— que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres...": "*Cristo presente en los cristianos*", n. 112, p. 236.

(53) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 110, p. 233.

(54) Cfr. "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 90, p. 197.

(55) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 120, p. 250.

(56) Cfr. "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 100, p. 217.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

rosamente de las almas, demostrando, con la palabra y con el ejemplo, la hondura de las exigencias cristianas (57). Porque Dios lo ha querido, podemos andar "por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor" (58), llenar de luz al mundo, ser sal y luz (59), luz que no ha de estar en el fondo del valle, sino en la cumbre de la montaña (60).

Se descubre así que no son separables santidad y apostolado: "el afán de apostolado es la manifestación exacta, adecuada, necesaria, de la vida interior. Cuando se paladea el amor de Dios se *siente* el peso de las almas. No cabe disociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor" (61). En definitiva, al tiempo que el hombre aprende, por la gracia, *a amar con el amor de Dios,* su amor participa de la fecundidad divina, que no ama a las cosas porque son buenas, sino que las hace buenas al amarlas. Como la fe conoce según el orden de procedencia de lo real, la caridad toma el orden del Amor de Dios. Y así, en la medida que éste crece, "hasta esas facetas que podrían considerarse más privadas e íntimas —la preocupación por el propio mejoramiento interior— no son en realidad personales: puesto que la santificación forma una sola cosa con el apostolado" (62). Por eso, el cristiano no puede estar tranquilo, si no hace de forma práctica y concreta que los demás se acerquen a Dios (63); ni puede quedarse detenido de ese modo, si trata a la Virgen, porque "María lleva a Jesús, y Jesús es *primogenitus in multis fratribus,* primogénito entre muchos hermanos" (64).

---

(57) Cfr. "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 93, pp. 201-2.
(58) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 121, p. 252.
(59) Cfr. "*Por María, hacia Jesús*", n. 147, pp. 304-5.
(60) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 10, p. 39.
(61) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 122, p. 255.
(62) "*Por María, hacia Jesús*", n. 145, p. 302.
(63) Cfr. "*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*", n. 175, p. 363.
(64) "*Por María, hacia Jesús*", n. 145, pp. 301-2.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

El verdadero amor a los hombres nace del amor de Dios. Y es así más divino y, por ende, más humano: "cuando hay amor de Dios, el cristiano tampoco se siente indiferente ante la suerte de los otros hombres... Jesús pasa y se da cuenta enseguida del dolor" (65); y hasta obra milagros porque se conmueve ante el sufrir humano (66). Precisamente, por esto, hemos de hablar de Dios: "el Señor y nosotros —obedeciéndole: *id y enseñad*— tenemos el derecho y el deber de hablar de Dios, de ese gran tema humano, porque el deseo de Dios es lo más profundo que brota en el corazón del hombre" (67).

4. *Situar a cada uno, frente a las exigencias completas de su vida*

Este panorama ensanchado, enriquecido, remozado y tan ilusionante de la vida del hombre sobre la tierra, es consecuencia de percibir la cercanía de Dios: depende de la profundidad con que se le conoce y ama. Los horizontes de que se colma la corriente, y que se ayudan a descubrir a los demás, no son separables de esa "hambre de Dios" que alienta en las Homilías y que despiertan (68). Cuando las cosas son vistas en El, desde El, bajo su poder y su voluntad amorosa, se percibe el *verdadero fondo de bondad* que las sustenta: su participación de lo divino.

De aquí, esa nueva valoración de la realidad, que puede resultar desconcertante a los ojos humanos: lo que consideramos de poca categoría puede tener tanto valor como lo que nos parece extraordinario (69). En realidad, cada cosa *vale lo que vale para la gloria de Dios:* una

(65) "*El respeto cristiano a la persona y a su libertad*", n. 67, pp. 147-48.

(66) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 7, p. 33.

(67) "*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*", n. 175, p. 364.

(68) Cfr. "*Por María, hacia Jesús*", n. 149, p. 308.

(69) "El Señor nos da a conocer que todo tiene importancia: las acciones que, con ojos humanos, consideramos extraordinarias; esas otras que, en cambio, consideramos de poca categoría. Nada se pierde. Ningún hombre es despreciado por Dios": "*En el taller de José*", n. 44, pp. 105-6.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ciencia o un poder que no conducen a Dios no son en realidad nada, o peor son engreimiento inútil; lo humano *por sí solo,* si no se mira en su relación a Dios, no escapa a una terrible ambigüedad (70). Por eso mismo, hechas con amor, son tan importantes las *cosas pequeñas:* "lo que muchos consideran erróneamente como intranscendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad: ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!" (71).

La grandeza de Dios, convive con lo ordinario (72); vivir de esta realidad hace imperioso el afán por comunicarlo: "he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia y a esa bendita responsabilidad individual, que son características de una conciencia cristiana" (73).

Un sacerdote que no habla más que de Dios

El interés entrañable por todas las cosas humanas que muestran las *Homilías,* tiene un arranque preciso. Las criaturas no imponen su bondad a Dios, sino que la reciben de El, que al amarla las hace buenas. Lógicamente, por tanto, lo radical de su bondad, no se hace patente más que en la medida que se conoce el amor de Dios. El amor al mundo lejos de nublarlo es, en la teología de Mons. Escrivá de Balaguer, una consecuencia: cuando se ama mucho a Dios, se descubre su mano en lo temporal, hasta en realidades aparentemente insignificantes.

El continuo desvelar el valor de las cosas y sucesos de esta vida, no es más que una consecuencia del incesante

(70) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 34, p. 86.
(71) "*Por María, hacia Jesús*", n. 148, p. 307.
(72) Cfr. "*Por María, hacia Jesús*", n. 141, p. 293.
(73) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 99, pp. 214-5.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

descubrimiento del amor de Dios. En la medida misma que se le conoce mejor, se percibe que todas las criaturas valen más. Y esto se da, acentuadamente, en el plano sobrenatural: la realidad de la gracia, es tan divina, tan poderosa, que multiplica al infinito el valor de lo que, a nuestros ojos, es insignificante: "lo que llamamos bajo o modesto puede ser una cima cristiana de santidad y de servicio" (74).

La medida misma y la firmeza de ese amor, este cariño entrañable por las personas y las cosas, su interés por lo humano, esa ternura amable con que puede hablar de todo, por lo que todo tiene de limpio, de noble, de divino, resultan así una muestra patente de que quien escribe es "un sacerdote que no habla más que de Dios" (75).

La actualidad de lo eterno

Esto nos proporciona una clave para entender el interés que las *Homilías* —como los escritos anteriores del autor— han despertado en todo el mundo, entre personas de toda raza, edad y condición. Mons. Escrivá de Balaguer *habla al corazón del hombre de hoy.* Y habla al corazón del hombre de hoy, porque habla a lo más profundo del corazón del hombre de siempre.

La actualidad de las *Homilías* no es una actualidad del siglo veinte: limitada, temporal, de unos años o unos siglos. Es *esa otra perenne actualidad:* la que deriva de la actualidad de Dios, porque alcanza la tangente en que la fugacidad de lo temporal roza lo eterno. La rica teología de los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer, como la espiritualidad peculiar y propia del Opus Dei (76), no

(74) "*Cristo Rey*", n. 183, p. 385.

(75) "Al iniciar estas páginas de presentación del primer volumen de *Homilías* de Mons. Jose María Escrivá de Balaguer, me vienen a la cabeza unas palabras suyas, que ha pronunciado en tantas ocasiones, ante personas de muchos países y de todas las condiciones sociales: Yo soy un sacerdote que no habla más que de Dios": *Presentación* a las *Homilías,* de Mons. del Portillo, p. 7.

(76) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 20, p. 58; "*Por María, hacia Jesús*", n. 148, p. 306; "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 64, p. 149; "*El respeto cristiano a la persona y a su libertad*", n. 70, p. 155.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

responden a unas necesidades concretas de los tiempos actuales, aunque las satisfagan plenamente. Cuando algo se vincula más al querer mismo de Dios, más traspasa los umbrales de la temporalidad: se hace intemporal, no en el sentido de abstracto sino de lo que dura sin envejecer, sin depauperarse; de cuanto es como el nervio de todos los tiempos, porque se apoya en el "nervio del querer divino". Aquello por cuya virtud el alma, creada *in confinio aeternitatis et temporis,* puede participar de la eternidad, de lo que no es mero pasar, fugacidad: eso que *hace importante la historia, porque la trasciende.* La historia de los hombres tiene la grandeza de que, en su decurso, cada alma decide cómo traspasar ese confín y entrar en la vida eterna; eso muestra, a la postre, la verdadera valía de las cosas: "estamos obligados a superarnos, porque en esta competición la única meta es la llegada a la gloria del cielo. Y si no llegásemos al cielo, nada habría valido la pena" (77).

En Cristo, Dios ha entrado en esa historia de los hombres, culminando de una vez para siempre el progreso espiritual de la humanidad (78), porque ha abierto de nuevo al hombre el acceso a la eternidad divina. Cuando algo es más cristiano —más sobrenatural— más intensamente participa de la eternidad, más traspasa los tiempos, más se vincula a "ese instante supremo —el tiempo se une con la eternidad— del Santo Sacrificio de la Misa", donde "Jesús, con gesto de sacerdote eterno, atrae hacia sí todas las cosas, para colocarlas, *divino afflante Spiritu,* con el soplo del Espíritu Santo, en la presencia de Dios Padre" (79). Por eso, la Santa Misa es el centro de la vida cristiana.

Lo más presente no es lo que simplemente pasa ahora, sino aquello que es de tal modo que va a durar para siempre: cuanto en el hoy, hay de eternidad. Lo que no necesita adaptarse a los tiempos para ser actual: sino que es tan actual, que acomoda los tiempos dándoles un su-

(77) Cfr. "*La lucha interior*", n. 77, pp. 173-74.
(78) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 104, pp. 222-23.
(79) "*La Eucaristía, misterio de fe y de amor*", n. 94, p. 203.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

perior sentido, de modo que lo mejor de ellos no perezca en el pasado.

III. La libertad humana como riesgo divino

"No destruye el Señor la libertad de los hombres: precisamente El nos ha hecho libres" (1). Y con la libertad, aparece esa inusitada posibilidad para una criatura, que es cooperar con Dios, como instrumento suyo, en el cumplimiento de los planes de la Creación y la Redención. Pero, también, su terrible alternativa, el pecado: "esa realidad dura de aceptar, pero innegable; el *mysterium iniquitatis,* la inexplicable maldad de la criatura que se alza, por soberbia, contra Dios" (2).

Ante Dios, y como aptitud para seguirle o de rebelarse, la libertad se muestra como una fuerza desusada, que Dios ha puesto en manos del hombre. En las *Homilías,* la libertad se contempla con ese preciso sentido. De una parte, con asombro agradecido: "en esa tarea que va realizando en el mundo, Dios ha querido que seamos cooperadores suyos, ha querido *correr el riesgo de nuestra libertad*" (3). De otra, advirtiendo con claridad las consecuencias de su condición defectible, rechazando el *atolondramiento frívolo* de los que miran el mundo sin ver el mal —la ofensa a Dios—, o se dejan engañar por el mito del progreso perenne e irreversible (4). El cristiano sabe

(1) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 100, pp. 216-17.

(2) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 95, p. 206.

(3) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 113, p. 238.

(4) "No podemos dejarnos engañar por el mito del progreso perenne e irreversible. El progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere. Pero se pondera más ese otro falso progreso, que ciega los ojos a tanta gente, porque con frecuencia no percibe que la humanidad, en algunos de sus pasos, vuelve atrás y pierde lo que antes había conquistado. El Señor —repito— nos ha dado el mundo por heredad. Y hemos de tener el alma y la inteligencia despiertas; hemos de ser realistas, sin derrotismos. Sólo una conciencia cauterizada, sólo el atolondramiento frívolo pueden permitir que se contemple el mundo sin ver el mal, la ofensa a Dios, el daño en ocasiones irreparable para las almas. Hemos de ser optimistas, pero con un

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que en la historia hay avances y retrocesos, como consecuencia inevitable de que nuestra libertad existe y Dios la respeta (5). Y, por tanto, que ha de esforzarse para que la obscuridad de la soberbia humana no se introduzca a celar con su desorden la luz del orden divino. Pero se siente seguro cuando contempla su libertad apoyada en Dios, en su gracia, en su poder: "el optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien. Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en fe en la gracia; es un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder a la llamada de Dios" (6).

1. *Dios ha confiado en la frágil libertad humana*

Mons. Escrivá de Balaguer habla de la libertad con amor y energía; gracias a ella podemos colaborar "humilde pero fervorosamente, en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que ha desordenado el hombre pecador, de llevar a su fin lo que se descamina, de restablecer la divina concordia de todo lo creado" (7). La contempla persuadido de que Dios ha confiado sus dones —no sólo el orden de la creación, sino la propia obra redentora (8)— a la frágil y débil libertad humana: la libertad es una energía recibida de Dios y que Dios continuamente sostiene y asiste con su fuerza, aunque podamos rechazarla —con nuestra comodidad, nuestra concupiscencia y nuestro orgullo— y caer en pecado (9).

---

optimismo que nace de la fe en el poder de Dios...": *"La Ascensión del Señor a los cielos"*, n. 123, p. 259.

(5) "Espera el Señor que hagamos el esfuerzo de coger su mano, esa mano que El nos acerca: Dios nos pide un esfuerzo, prueba de nuestra libertad": *"El triunfo de Cristo en la humildad"*, n. 17, p. 52.

(6) *"Cristo presente en los cristianos"*, n. 114, p. 239.

(7) *"La conversión de los hijos de Dios"*, n. 65, p. 143.

(8) "Jesús ha querido hacer a cada hombre cooperador libre de su obra redentora": *"El Gran Desconocido"*, n. 129, p. 270.

(9) Cfr. *"El Gran Desconocido"*, n. 131, p. 273.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Lo que entusiasma es esto: Dios ha querido escribir en el tiempo un poema divino con el concurso de nuestra libertad (10). Por eso, El no desea respuestas forzadas, sino decisiones que salgan del fondo del corazón (11): ama nuestra libertad a pesar y contando con toda nuestra pequeñez y debilidad, que la hace frágil; condesciende con ella hasta consentir "en que los tesoros divinos sean llevados en vasos de barro, en que los demos a conocer mezclando nuestras deficiencias humanas con su fuerza divina" (12).

La libertad, tensión a los planes de Dios

La libertad de que las *Homilías* nos hablan —la verdadera libertad—, no es esencialmente arbitrio, ni puro hacer desprovisto de sentido: es energía depositada en el hombre por Dios, para que sea capaz de comportarse como un hijo esforzado en cumplir los designios de su Padre. Es la posibilidad y la exigencia de una *incorporación activa a los planes de Dios:* "su fe es activa, y su docilidad no presenta la actitud de la obediencia de quien se deja arrastrar por los acontecimientos. Porque la fe del cristiano es lo más opuesto al conformismo, o a la falta de actividad y de energía interior" (13).

La libertad es vista en función de la obediencia a Dios. Y así, se hacen más profundos tanto el concepto de libertad —esfuerzo por vivir según Dios: lo más opuesto al propio capricho— como la obediencia. El cristiano se abandona "sin reservas en las manos de Dios, pero nunca rehusa reflexionar sobre los acontecimientos, y así puede alcanzar del Señor ese grado de inteligencia de las obras de Dios que es la verdadera sabiduría. De este modo aprende poco a poco que los designios sobrenaturales tienen una coherencia divina que está a veces en contradicción con los planes humanos... En las diversas circunstancias de su vida, no renuncia a pensar, ni hace de-

(10) Cfr. *"Cristo presente en los cristianos"*, n. 111, p. 236.
(11) Cfr. *"La muerte de Cristo, vida del cristiano"*, n. 100, p. 216.
(12) *"Cristo presente en los cristianos"*, n. 113, p. 238.
(13) *"En el taller de José"*, n. 42, pp. 103-4.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

jación de su responsabilidad. Al contrario coloca al servicio de la fe toda su experiencia humana" (14). Y así, aprende a moverse dentro del plan divino; el verdadero ejercicio de la libertad es, sobre todo, ésto: aprender a moverse dentro de los designios de Dios.

Por eso, la obediencia cristiana no es nunca una obediencia ciega, como de cadáveres; al contrario: es una obediencia inteligente, que exige calibrar los acontecimientos aprendiendo a entender los designios divinos; enfrentándose noblemente con lo que pueda apartar de su querer salvador, porque se siente la responsabilidad de ayudar a los demás con las luces de nuestro entendimiento (15); y sabiendo también cumplir "los mandatos de Dios sin vacilaciones, aunque a veces el sentido de esos mandatos pudiera parecer obscuro o se ocultara su conexión con el resto de los planes divinos" (16). Es el ejemplo de José: "en ningún momento nos aparece como un hombre apocado o asustado de la vida; al contrario, sabe enfrentarse con los problemas, salir adelante en las situaciones difíciles, asumir con responsabilidad e iniciativa las tareas que se le encomiendan" (17).

Se entiende así, también, con una dimensión nueva, o mejor en su dimensión más profunda, más teológica, la noción de ley moral, de la ley divina, en la que todas las leyes humanas, si quieren valer como tales, deben entroncar: "no está la justicia en la mera sumisión a una regla: la rectitud debe nacer de dentro, debe ser honda, vital, porque *el justo vive de la fe*. Vivir de fe: esas palabras que fueron luego tantas veces tema de meditación para el apóstol Pablo, se ven realizadas con creces en San José. Su cumplimiento de la voluntad de Dios no es rutinario ni formalista. La ley que vivía todo judío prácticamente no fue para él un simple código ni una recopilación fría de preceptos, sino expresión de la voluntad de Dios vivo. Por eso supo reconocer la voz del Señor

(14) Cfr. "*En el taller de José*", n. 42, pp. 103-4.
(15) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 17, p. 54.
(16) Cfr. "*En el taller de José*", n. 42, p. 102.
(17) "*En el taller de José*", n. 40, p. 99.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cuando se le manifestó inesperada, sorprendente" (18). Un amor a la ley, que supera todo legalismo: porque vista así, la ley —la voluntad de Dios vivo— no puede ya anquilosarse bajo ningún formalismo, bajo ninguna abstracción, puesto que nada hay más concreto y real que la voluntad divina, y nada más ajeno a visiones parciales y abstractas (19).

Arriesgada seguridad del cristiano

La libertad cristiana es ilusionante; pero no cómoda: exige fe, enfrentarse a la realidad sin que nos domine el desaliento, sin pararnos en cálculos meramente humanos, que evidentemente no condicionan la voluntad de Dios. Afrontar todas las situaciones, sin detenernos ante los obstáculos, hasta desentrañar el querer divino, que no puede faltar. Es precisamente la seguridad en ese querer lo que lleva a esforzarse en todo momento, si hace falta abriendo veredas nuevas (20): no podemos olvidar que "Jesús toma en serio al hombre, y quiere darle a conocer el sentido divino de su vida. Jesús sabe exigir, colocar a cada uno frente a sus deberes, sacar a quienes le escuchan de la comodidad y del conformismo, para llevarles a conocer al Dios tres veces santo" (21).

El cristiano está seguro de Dios, habita bajo la protección de Dios, vive con Dios: "pero vivir con Dios es indudablemente correr *un riesgo,* porque el Señor no se contenta compartiendo: lo quiere todo. Y acercarse un poco más a El quiere decir estar dispuesto a una nueva conversión" (22). Constitutivamente el *riesgo de la libertad es el riesgo mismo del amor.* Un confiado descuido de sí, abandonado de la búsqueda de propia seguridad, porque, en definitiva, se está seguro: se sabe el cuidado de Dios. Es por tanto el riesgo de habitar con Dios, cercano, próximo, amoroso. El riesgo de traspasar las apariencias, para

(18) "*En el taller de José*", n. 41, pp. 101-2.
(19) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 12, p. 44.
(20) Cfr. "*En la fiesta del Corpus Christi*", n. 160, pp. 326-27.
(21) "*Cristo presente en los cristianos*", n. 109, p. 232.
(22) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 58, p. 125.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

alcanzar el fondo del amor de Dios; de morir a uno mismo, para vivir en Cristo; de negarse a los amores, para ganar el Amor. Un riesgo que, en la medida que se vive, permite dar a los demás *la seguridad de Dios.*

La fe es libre, con una libertad más intensa, la que resulta de la liberación por la gracia. Aunque hay perfecta armonía, no hay continuidad estricta entre la razón y la fe: no se llega a la fe a fuerza de demostraciones. Entre un orden y otro hay un salto, que es preciso dar con la ayuda sobrenatural de Dios, que El nunca niega: con la gracia, alcanzamos la *voluntad de creer.* Se comprende que vivir de fe sea a la vez el riesgo más audaz y seguro: "ésta es la arriesgada seguridad del cristiano. Hay que estar persuadidos de que Dios nos oye, de que está pendiente de nosotros: así se llenará de paz nuestro corazón" (23).

Una seguridad que la da Dios, que es quien ama primero: seguridad, no en uno mismo, sino en el Señor. Cuando Pedro sale de la barca para ir hacia Jesús caminando sobre las aguas, marcha seguro mientras le mira a El. Comienza a hundirse cuando en lugar de vivir de fe, se vuelve sobre sí mismo, sobre lo que hace —caminar sobre las aguas—, y cómo ha sido capaz de hacerlo, y si seguirá siéndolo. De ahí, la insistencia de Mons. Escrivá de Balaguer en que el *cristiano no puede ser calculador:* estar contabilizando si le compensará su entrega, o cuál es el porcentaje de probabilidades que tiene la "Verdad". Si se comporta así, comienza a abandonar la vida de fe: se hunde. Porque vivir de fe, darse del todo a Dios y a los demás, compensa: es lo único que verdaderamente vale la pena (24); es el mandato de Jesús para que vayamos a El. Pero esto sólo se ve cuando uno se *fía* de Dios.

Comprobarlo exige apoyarse en Dios, decidirse a vivir en esa *arriesgada seguridad* de confiar en Dios, que es toda la *seguridad* que los hombres podemos tener, y por venir de Dios, *totalidad de seguridad.* Es apoyarse en Dios

(23) "*La conversión de los hijos de Dios*", n. 58, p. 125.
(24) Cfr. "*La lucha interior*", n. 76, p. 170; n. 77, p. 174.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

fuente de toda verdad y de todo bien, sin más seguridades humanas, que no se necesitan: porque evidentemente Dios es absolutamente *creíble,* en su cercanía y su infinitud que nos sobrepasa. Todo intento "de hacer creíble" a Dios —es decir, reducirlo a nuestra medida, concederle un "cierto crédito" pero exigiendo abusivamente garantías racionalistas —o, en el mismo sentido, de hacer creíble su Iglesia, sus sacramentos, es, por necesidad, el fruto mismo de que se comienza a perder la seguridad de la fe. Si se conoce a Dios, si se tiene experiencia de vivir junto a El, se está seguro sin más. No para realizar el acto de fe, pero sí para saber que Dios merece ser absolutamente creído, nos basta el conocimiento natural de Dios, que —especialmente sanada por la gracia— la razón humana puede alcanzar. Por eso, los cálculos humanos sobre si podemos estar seguros de Dios empiezan en el momento mismo en que, desvirtuada la fe y abajada la razón, comenzamos a no fiarnos de El.

2. *La esclavitud del pecado*

La libertad es fuerza de ir a Dios; *lo que impide ir a El es esclavitud.* Es la consecuencia misma de la noción cristiana de libertad. Y un gran misterio. Dios no nos creó para que pecásemos. Es evidente, sin embargo, que el mal existe y que no puede proceder de Dios, sino sólo de un defecto voluntario de la criatura (25): si "aparece la cizaña, es porque no ha habido correspondencia, porque los hombres —los cristianos especialmente— se han dormido, y han permitido que el enemigo se acercara" (26).

Un misterio, que lleva a desconcertantes paradojas: una inteligencia que no conoce, una voluntad que no ama. Igual que existe *un ejercicio de la razón que ciega.* hay *un ejercicio de libertad que esclaviza.* Cuando intentamos reducir la grandeza divina a los límites humanos, nuestra inteligencia se obscurece: entonces, la razón es "esa ra-

(25) Cfr. "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 125, p. 262.
(26) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 123, p. 257.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

zón fría y ciega que no es la inteligencia que procede de la fe, ni tampoco la inteligencia recta de la criatura capaz de gustar y amar las cosas; se convierte en la sinrazón de quien lo somete todo a sus pobres experiencias habituales, que empequeñecen la verdad sobrehumana, que recubren el corazón del hombre con una costra insensible a las mociones del Espíritu Santo" (27). De modo análogo, cuando la libertad no se ejerce para buscar a Dios, sino que se pone en juego para lograr ante todo la propia satisfacción, su ejercicio hace desgraciado al hombre (28), esclaviza: no basta siquiera intentar mantenerse al margen, hay que salir de uno mismo, *complicarse la vida* (29). "Quien no pelea se expone a cualquiera de las esclavitudes que saben aherrojar los corazones de carne: la esclavitud de una visión exclusivamente humana, la esclavitud del deseo afanoso de poder y de prestigio temporal, la esclavitud de la vanidad, la esclavitud del dinero, la servidumbre de la sensualidad..." (30).

No podemos ignorar que no sólo hay mal en el mundo, a nuestro alrededor, sino que el mal está dentro de nosotros mismos (31); nace con el olvido de Dios, al errar así en el propio conocimiento que "conduce a la soberbia: el desear convertirse en el centro de la atención y de la estimación de todos, la inclinación a no quedar mal, el no resignarse a hacer el bien y desaparecer, el afán de seguridad personal" (32).

Luchar por amor

Ante Dios no caben medias tintas: *o amamos con el amor de Dios, o amamos con un amor egoísta,* a corto alcance (33). "Algunas veces se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero

(27) "*El Corazón de Cristo, paz de los cristianos*", n. 165, pp. 339-40.
(28) Cfr. "*El matrimonio, vocación cristiana*", n. 24, pp. 68-69.
(29) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 19, p. 57.
(30) "*La lucha interior*", n. 81, p. 181.
(31) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 113, p. 237.
(32) "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 18, p. 55.
(33) Cfr. "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 97, p. 211.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse. El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz. Mientras estamos en la tierra no puede haber amor verdadero sin experiencia del sacrificio, del dolor... porque supone vencer el propio egoísmo y tomar el Amor como regla de todas y cada una de nuestras acciones" (34). No hay otra alternativa: o amamos a Dios sobre todas las cosas, o nos amaremos a nosotros mismos más que a Dios.

El cristiano debe, por tanto, amar la lucha: esa lucha ascética, íntima, *contra todo lo que, en su vida, no es de Dios* —la soberbia, la sensualidad, el egoísmo, la estrechez de corazón— (35); o de extirpar todo lo que estorbe a la vida de Cristo en él; si no, no podrá transmitirla a los demás (36). *No hay verdadero amor sin Cruz:* "sólo cuando el hombre siendo fiel a la gracia, se decide a colocar en el centro de su alma la Cruz, negándose a sí mismo por amor a Dios, estando realmente desprendido del egoísmo y de toda falsa seguridad humana, es decir, cuando vive verdaderamente de fe, es entonces... cuando vienen al alma esa paz y esa libertad que Cristo nos ha ganado" (37). Porque el cristiano que percibe su filiación divina, cuando *se reconoce verdaderamente libre es cuando se dedica por entero a las cosas de su Padre* (38).

---

(34) Cfr. "*En el taller de José*", n. 43, p. 105.

(35) "*La lucha interior*", n. 73, p. 165.

(36) Cfr. "*En la Fiesta del Corpus Christi*", n. 158, pp. 324-25.

(37) "*El Gran Desconocido*", n. 137, pp. 285-86.

(38) "En medio de las limitaciones inseparables de nuestra situación presente, porque el pecado habita todavía de algún modo en nosotros, el cristiano percibe con claridad nueva toda la riqueza de su filiación divina, cuando se reconoce plenamente libre porque trabaja en las cosas de su Padre, cuando su alegría se hace constante porque nada es capaz de destruir su esperanza.

Es en esa hora, además y al mismo tiempo, cuando es capaz de admirar todas las bellezas y maravillas de la tierra, de apreciar toda la riqueza y toda la bondad, de amar con toda la entereza y toda la pureza para las que está hecho el corazón humano": "*El Gran Desconocido*", n. 138, p. 286.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Porque me da la gana, la razón más sobrenatural

Buscar a Dios, obedecer a Dios, es siempre salir de nuestro egoísmo (39). La vocación cristiana exige que abandonemos todo lo que estorba al amor de Dios (40). Cuanto de bien hay en nosotros proviene de El y a El nos dirige: y Dios no quiere para nosotros más que bienes. La única fuente de infelicidad, de tinieblas, tendremos que ser nosotros mismos cuando nos apartamos del querer de Dios. Por tanto, si le buscamos sólo a El, todo será luminoso, divino, aun en medio de nuestra flaqueza y limitaciones. No tenemos más que una tarea en el mundo: todo puede y debe tender a Dios. Es el punto en que nuestra complejidad, salta hacia lo divino: *la unidad de vida.* "No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se fundan y compenetran todas nuestras acciones" (41).

La más profunda y auténtica tendencia del hombre es avanzar hacia Dios, y, con la ayuda de la gracia, mediante un amor de totalidad: y así tiende a la unidad en todos los aspectos de vida. Llega un momento en que el alma no se ocupa en otra cosa que en el trato continuo con Dios: *yo no sé más que rezar* (42); la mortificación no es más que la oración del cuerpo, de los sentidos (43); la pureza, la lucha ascética, son una consecuencia del amor con que se entrega el alma y el cuerpo al Señor y, por tanto, *no son negación, sino afirmación gozosa* (44). La lucha se convierte en una hermosísima guerra de paz —contra el propio egoísmo— basada en la unidad y en el amor (45). Como ha afirmado en tantas ocasiones Monseñor Escrivá de Balaguer: *llega un momento en que no se sabe distinguir entre el trabajo y la oración.* Es en-

(39) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 20, p. 58.
(40) Cfr. "*En la Epifanía del Señor*", n. 33, p. 82.
(41) "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 126, p. 263.
(42) Cfr. "*En el taller de José*", n. 56 p. 121.
(43) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 9, p. 36.
(44) Cfr. "*Vocación cristiana*", n. 5, p. 29.
(45) Cfr. "*La lucha interior*", n. 76, p. 170.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tonces cuando somos libres: cuando aprendemos que el *mejor señorío* es entregarse voluntariamente a los demás (46), servir por amor de Dios (47).

La libertad es, aunque pueda desviarse, energía para ir a Dios: esa energía que anida en el corazón del hombre y le hace capaz de aunar todas las fuerzas de su ser en un único sentido, el del Amor de Dios. El hombre puede decir sí a Dios, desde el fondo de su corazón, porque le da la gana. Pero el pecado, que aún habita en nosotros, combate nuestra libertad. *Sólo la gracia de Dios es roca fuerte* (48), que nos permite dar ágilmente el "salto" de la libertad. Se comprende que el autor guste resaltar que en ese "darnos la gana" seguir a Dios, está mediando la fuerza de la gracia, la libertad de una decisión sobrenatural: "debemos sentirnos hijos de Dios y vivir con la ilusión de cumplir la voluntad de nuestro Padre. Realizar las cosas según el querer de Dios, *porque nos da la gana, que es la razón más sobrenatural*" (49).

3. *El sentido divino de la libertad*

La libertad es un don divino, y sólo como tal se entiende. Dios es infinitud de actividad sin cambio: su movimiento inmanente y eterno son las procesiones trinitarias. Pero obra también en el tiempo: con una excedencia absoluta, creando entre los infinitos mundos de que su sabiduría dispone, el que le place; como hubiera podido no crear. Y después del pecado nos redime porque quiere y en el modo en que quiso.

Esta energía divina subsistente es perfecta en sí misma: no necesita buscar nada fuera de sí. La libertad hu-

(46) Cfr. "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 19, p. 58.

(47) La unidad de vida —ese modo participado con que la criatura tiende a imitar en cuanto le es posible la simplicidad de Dios— constituye, como la filiación divina y la santificación mediante las propias ocupaciones, un rasgo específico de la espiritualidad propia y peculiar del Opus Dei. Se explica la riqueza doctrinal y práctica, con que aparece en las *Homilías*.

(48) Cfr. "*Cristo presente en los cristianos*", n. 113, p. 237.

(49) "*El triunfo de Cristo en la humildad*", n. 17, p. 52.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

mana participa de algún modo de esa energía divina: es la máxima intensidad en que puede recibirla una criatura. El hombre no tiene —como ninguna criatura— su fin en sí mismo, sino en Dios. Pero a diferencia de los demás, puede por sí mismo dirigirse a El, *amarle con fuerza originaria,* como participando de la energía con que Dios se ama a sí mismo.

Radicalmente, la libertad humana es la perfección que nos capacita a amar con ese amor originario. El poder oponernos a la voluntad divina —el pecado— no pertenece a la perfección de la libertad: sino a la limitación con que la poseemos. Porque en la criatura, que no es fin de sí misma, la posibilidad de un *proceder originario* es inseparable de esa otra posibilidad de *elegir su fin:* no como una verdadera *electio finis,* sino desvirtuando la fuerza de llegar hasta Dios —degradándola— al desviarla sobre una criatura, inepta para ser amada como fin. Sólo Dios es Amor: en las criaturas la capacidad de amar —o el egoísmo—, son consecuencia del modo en que está constituída su libre voluntad y de la defectibilidad de su fuerza originaria de amar. Lo valioso de la libertad, lo que la hace infinitamente amable, no es evidentemente el poder apartarse de Dios, sino que "sin libertad, no podemos corresponder a la gracia; sin libertad, no podemos entregarnos libremente al Señor, con la razón más sobrenatural: porque nos da la gana" (50). De ahí, que la plena perfección de nuestra libertad se dé cuando ya no podemos elegir: cuando, en la bienaventuranza del cielo, ese amor originario sea una actitud permanente, que nunca madurará. Por eso, en todo lo que es necesario para llegar a Dios, somos más libres en tanto nuestra voluntad más se sujeta al querer de Dios.

Pero los hombres participamos también de la fuerza originaria del querer divino en otro aspecto: lo que es el campo propio del *libre arbitrio* —no ya el amor, sino la elección de la libertad— en relación a los diversos medios que conducen al fin. Aquí la libertad humana —con su

(50) "*Cristo Rey*", n. 184, p. 387.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

capacidad de elección— se muestra perfecta no sólo por ser fuerza originaria, sino también por el mismo elegir: porque, en este sentido, participa de la excedencia de la libertad divina en relación a las criaturas; de la libertad en cuanto propiedad de Dios no en orden a sí mismo —en el movimiento indefectible de las procesiones intratrinitarias: sentido supremo de la libertad en Dios—, sino en relación a las criaturas: o más absolutamente a su posibilidad de crear. Por eso, bajo ningún concepto es lícito —y menos en nombre de no se sabe qué investidura divina— imponer un mismo modo de ver o resolver problemas "que son por su propia naturaleza susceptibles de recibir numerosas y diversas soluciones" (51). El cristiano sólo puede ser *monolítico* —y en este caso debe serlo— en la fe y en la lucha contra todo lo que sea ofensa a Dios. En lo demás —donde reina la contingencia de lo temporal—, la diversidad es manifestación de buen espíritu: porque el cristiano no es ni una alternativa política, ni un programa cultural; más aún, conlleva amor a todo lo que no ofenda a Dios, aunque contraríe el propio gusto (52).

Resta, por último, el pecado: ese ejercicio de la libertad, para apartarse a Dios. Para el hombre de fe resulta un incomprensible misterio (53): aunque su razón y su fe le den bien claras las causas. El origen de esta posibilidad de alzarse contra Dios es el amor desordenado de sí: el *peor enemigo* del hombre (54). La soberbia, que no viene de Dios sino que le niega, que obscurece el conocimiento, y conlleva el error sobre lo que Dios es y de su amor por nosotros. De ahí, esa expresión que ama el autor —*el peor enemigo de Dios es la ignorancia*—; y, que haya concebido su vida como una incesante catequesis. Porque el sentido del pecado, en el cristiano, es inseparable del afán de corredención: ese *modo supremo de ejercer la libertad* que alcanzó su más fecunda realidad en el *fiat* de María,

(51) "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 99, p. 215.
(52) Cfr. "*La Ascensión del Señor a los cielos*", n. 124, p. 259.
(53) Cfr. "*La muerte de Cristo, vida del cristiano*", n. 95, p. 206.
(54) Cfr. *Camino*, n. 225.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

en quien el Amor de Dios, que se muestra tan grande aun cuando la cabida del corazón humano sea a veces tan poca, no encontró el más mínimo obstáculo (55). Subrayamos así otro rasgo de las *Homilías:* la profunda devoción a la Virgen. Ninguna termina sin considerar el papel de María en la vida cristiana. Porque, si Jesús lleva al Padre y al Espíritu Santo, a Jesús se va y se vuelve siempre por María (56): "Muchas conversiones, muchas decisiones de entrega al servicio de Dios han sido precedidas de un encuentro con María. Nuestra Señora ha fomentado los deseos de búsqueda, ha activado maternalmente las inquietudes del alma, ha hecho aspirar a un cambio, a una vida nueva. Y así el *haced lo que El os dirá* se ha convertido en realidad de amoroso entregamiento, en vocación cristiana que ilumina desde entonces toda nuestra vida personal" (57).

No son nuestras propias fuerzas sino el poder de Dios quien obra (58): cuando el cristiano se decide a no ponerle límites, experimenta como María —en esa acción apostólica inseparable del amor a Dios— la *gozosa desproporción del fiat.* La vida corriente del cristiano —normal, como lo fue la de la Virgen— se convierte así en esa incesante catequesis donde, a través del trato de amistad leal y auténtica, con palabra amable pero llena de la fuerza de la verdad divina, se despierta en los demás el hambre de Dios (59), y el cristiano experimenta el gozo de que en su flaqueza se revele el poder del Omnipotente: "en este casi medio siglo, *ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur* (Heb 5, 1), escogido entre los hombres, elegido por Dios en beneficio de las almas, ha hecho que la vida cristiana sea realidad diaria, entrañable, en la inteligencia y en el corazón de un número ya incalculable de personas" (60).

---

(55) Cfr. "*La Virgen Santa, causa de nuestra alegría*", n. 178, p. 370.

(56) Cfr. *Camino,* n. 495.

(57) "*Por María, hacia Jesús*", n. 149, p. 309.

(58) Cfr. "*El Gran Desconocido*", n. 133, p. 280.

(59) Cfr. "*Por María, hacia Jesús*", n. 149, p. 308.

(60) *Presentación* a las *Homilías,* de Mons. del Portillo, pp. 7 y 8.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei